



Y la juventud risueña,  
tras la católica enseñanza,  
que á la impiedad desbarata,  
dejó en el ara balagüena  
una azucena de plata.

Y así unos de otros en pos,  
conchas, plumas, caballetes  
y cifras de dos en dos,  
pues todo los lergates  
dando á la Madre de Dios.

Y los poetas cantaban,  
y los sabios disertaban,  
y era todo por María,  
y ante el altar se postraban,  
y ella se lo repartía.

Y yo canté no sé qué;  
sin duda lo que soñé  
y el afecto me inspiró:  
si me aplaudieron ó no,  
determinarlo no sé.

Mas como se debatía  
si lo que cantado había  
era una fiesta catalana,  
ó era un deliquio á María  
dicho en rima castellana,

Cat en tal abatimiento  
que al punto perdí el sentido,  
desvanecido el portento,  
despierto angustiado, y siento...

que quedé en tu umbral dormido.

Y á tu umbral estaré, Virgen María,  
como lo está el galán al de su dama  
que esto, Señora, en prosa y poesía  
por afecto se toma, amor se llama.

Estare, sí; pues cuando arrullos damos  
cual pichon airored de su paloma  
y estar creemos junto á ser que amamos,  
llamase afecto y por amor se toma.

Y es amor no ofender al ser amado,  
y su ternero querer cumplir perfecto,  
y es no entendiarse, en la ilusión frustrado,  
amor mas fino y depurado afecto.

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

Y así es como amo yo: quede en el canto  
vencido ó vencedor, á estos empeños  
literarios vendre, diciendo en tanto.  
—¡Cuándo hares, Madre, realizar mis sueños!

—Ahí sí, por de contado, puesto que creo  
en... en el otro.

—Pero si lo habeis infamado tambien... no  
á Pilato al orol.

—Es que hay tantos imbeciles, mi querido,  
tantos tontos y tantos perversos que gozan  
haciendo creer que no creen, y que tienen por  
mas cómodo, juicioso y recreativo leer la «Vida  
de Jesús» por M. Ernesto Renan, que los Evan-  
gelios. He convenido á gran número de mis  
conciudadanos; solo yo no he podido convencerme  
á mi mismo, y siento algunas veces un es-  
treñimiento de tenor... concluyó el estimable  
Filoteo, ahogando un profundo suspiro.

En tanto que hablaban de esta manera, la  
noche habia sucedido al crepusculo, y vesperino  
y hacia largo rato que las lazvas vacías habian  
sido reemplazadas por las copas de Champagne.

Los dos amigos descendieron á la playa y pa-  
seaban juntos siguiendo el mismo tema de su  
conversacion.

Acostumbrados á engañar á los demás, tra-  
ban de engañarse á si mismos. Simio declaraba  
que no hay nada superior á la materia, que el  
hombre no es sino un mono perfeccionado, y la  
mujer un mono degenerado; que la teoría de los  
átomos no es ya tan absurda, y que él no adora-  
ba sino al eterno Todo, sin admitir que se  
dignasen tratar de Dios, cuya simple notion es  
un estorbo para las facultades animales.

Filoteo, al contrario, creia como mejor partido  
reconocer la existencia de Dios, pero que era  
conveniente negar su omnipotencia, atendiendo  
á que los milagros citados en la historia no son  
si no supercherías é ilusiones.

Razonando así meditaba ya algunas páginas  
para la próxima edicion de su novela.

La noche estaba tranquila y serena. El cielo,  
de un color azul profundo, estaba salpicado de  
luzes centelantes; los árboles de la ribera se  
balanceaban al soplo de una brisa ligera; el lago,  
inmensa superficie, tersa como lámina de  
acero, reflejaba la placida luz de las estrellas.  
Allá, lejos, los Alpes revestidos de su manto de  
arriño, levantaban colosales sus fantásticos  
contornos y sus cimas recortadas. Era, en fin,  
una de esas hermosas noches de primavera,  
frescas, puras y apacibles, en que se aspira con  
placer el suave aroma que deja á su paso la brisa  
juguetona.

Mas de repente cubresc el firmamento de nu-  
bes rojizas; un disco de púrpura rodea la luna,  
que aparece al través de los vapores como un  
circulo de hierro enrojado al fuego. El lago  
se levanta en olas mugidoras; los árboles tra-  
quean agitados por las ráfagas de un viento im-  
petuoso; el rayo brilla al través del espacio y  
el trueno retumba en el silencio de la soledad:  
acaba de desencadenarse una horrible tormen-  
ta.

Tan rara trasformacion se verificó en menos  
de un minuto.

Lago, riberas, montañas, aldeas, todo desapa-  
reció en medio de las espesas nieblas; era el  
caos en todo su horror.

Simio y Filoteo, helados de espanto, cayeron  
de rodillas mudos y temblorosos.

A la luz de un relámpago vieron aparecer á  
poca distancia y de pie sobre la superficie de las  
olas del lago una figura extraña, un ser humano  
envuelto en un manto blanco, cuyos entrelabros  
pliegues dejaban ver una túnica oscura, y que  
extendia la mano hacia Filoteo, en tanto que  
una burla mordaz contraia sus facciones  
fuertemente acentuadas.

Por tres veces apareció así, y al desaparecer  
la postrera, gritó con voz fuerte y vibrante, que  
parecia salir de mayor distancia de la que ella  
estaba:

—Yo condené á muerte al Hijo del Hombre.  
Mi crimen fué grande... Pero vos lo habeis  
vilipendiado y arrastrado en el fango, oh Filoteo;  
y vuestro crimen sobrepasa al mio, porque veo  
en vuestro frente la señal luminosa del bautismo,  
y el Dios á quien habeis profanado tuvo po-  
co antes por templo vuestro corazón...

Piloteo murmuró Filoteo aterrado, y cayó  
sin sentido.

Al día siguiente Simio y Filoteo despertaron  
sobre el musgo á la orilla del lago.

—Qué sueño tan horrible! dijo Filoteo.

—Es esto acaso un sueño? murmuró Simio,  
pálido como un cadáver.

En seguida se dirigieron á la fonda, cuyas  
puertas estaban todavia cerradas. El mozo que  
saló á abrir las abrió con dificultad su alegría al  
verlos tan pálidos, tránsidos de frio y piutado  
en su rostro el espanto.

Simio ordenó que se le pasase al punto la  
caenta, y subió á su habitación á preparar las  
maleas.

Filoteo ofreció un franco sirviente, diciéndole:  
—Viento terrible ha hecho esta noche, ¿no es  
verdad, mi amigo?

—Ciertamente, señor.

—¡Ha llovido, ha tronado.

—Un diluvio, señor.

Filoteo lanzó sobre él una mirada obliqua pa-  
ra ver si se burlaba.

—Señor, habeis visto, pues, la tempestad?  
preguntó el suizo, que parecia curioso y aun  
inquieto. Creia que ambos hubierán ido á  
dormir en la casita de la montaña. Ahí es que  
todos los años, el Viernes Santo, la tempestad  
azota el lago, el valle y la montaña, por hermoso  
que haya sido el tiempo la víspera y aun por la  
mañana... Y por la noche aparece Poncio Pilato  
en su traje de Juez andando sobre las olas  
del lago y diciendo: *Compulsus fecit* ¡Hay quien  
lo haya oido.

—¿Vos tambien? preguntó Filoteo.

—Yo? ¡jamás.

Filoteo no añadió á su libro el apéndice que  
se proponia escribir; y cuando habla á Simio de  
esta aventura, éste responde:

—Habiámos bebido tanto Champaña!....

Charles Buet.

—Ahí sí, por de contado, puesto que creo  
en... en el otro.

—Pero si lo habeis infamado tambien... no  
á Pilato al orol.

—Es que hay tantos imbeciles, mi querido,  
tantos tontos y tantos perversos que gozan  
haciendo creer que no creen, y que tienen por  
mas cómodo, juicioso y recreativo leer la «Vida  
de Jesús» por M. Ernesto Renan, que los Evan-  
gelios. He convenido á gran número de mis  
conciudadanos; solo yo no he podido convencerme  
á mi mismo, y siento algunas veces un es-  
treñimiento de tenor... concluyó el estimable  
Filoteo, ahogando un profundo suspiro.

En tanto que hablaban de esta manera, la  
noche habia sucedido al crepusculo, y vesperino  
y hacia largo rato que las lazvas vacías habian  
sido reemplazadas por las copas de Champagne.

Los dos amigos descendieron á la playa y pa-  
seaban juntos siguiendo el mismo tema de su  
conversacion.

Acostumbrados á engañar á los demás, tra-  
ban de engañarse á si mismos. Simio declaraba  
que no hay nada superior á la materia, que el  
hombre no es sino un mono perfeccionado, y la  
mujer un mono degenerado; que la teoría de los  
átomos no es ya tan absurda, y que él no adora-  
ba sino al eterno Todo, sin admitir que se  
dignasen tratar de Dios, cuya simple notion es  
un estorbo para las facultades animales.

Filoteo, al contrario, creia como mejor partido  
reconocer la existencia de Dios, pero que era  
conveniente negar su omnipotencia, atendiendo  
á que los milagros citados en la historia no son  
si no supercherías é ilusiones.

Razonando así meditaba ya algunas páginas  
para la próxima edicion de su novela.

La noche estaba tranquila y serena. El cielo,  
de un color azul profundo, estaba salpicado de  
luzes centelantes; los árboles de la ribera se  
balanceaban al soplo de una brisa ligera; el lago,  
inmensa superficie, tersa como lámina de  
acero, reflejaba la placida luz de las estrellas.  
Allá, lejos, los Alpes revestidos de su manto de  
arriño, levantaban colosales sus fantásticos  
contornos y sus cimas recortadas. Era, en fin,  
una de esas hermosas noches de primavera,  
frescas, puras y apacibles, en que se aspira con  
placer el suave aroma que deja á su paso la brisa  
juguetona.

Mas de repente cubresc el firmamento de nu-  
bes rojizas; un disco de púrpura rodea la luna,  
que aparece al través de los vapores como un  
circulo de hierro enrojado al fuego. El lago  
se levanta en olas mugidoras; los árboles tra-  
quean agitados por las ráfagas de un viento im-  
petuoso; el rayo brilla al través del espacio y  
el trueno retumba en el silencio de la soledad:  
acaba de desencadenarse una horrible tormen-  
ta.

Tan rara trasformacion se verificó en menos  
de un minuto.

Lago, riberas, montañas, aldeas, todo desapa-  
reció en medio de las espesas nieblas; era el  
caos en todo su horror.

Simio y Filoteo, helados de espanto, cayeron  
de rodillas mudos y temblorosos.

A la luz de un relámpago vieron aparecer á  
poca distancia y de pie sobre la superficie de las  
olas del lago una figura extraña, un ser humano  
envuelto en un manto blanco, cuyos entrelabros  
pliegues dejaban ver una túnica oscura, y que  
extendia la mano hacia Filoteo, en tanto que  
una burla mordaz contraia sus facciones  
fuertemente acentuadas.

Por tres veces apareció así, y al desaparecer  
la postrera, gritó con voz fuerte y vibrante, que  
parecia salir de mayor distancia de la que ella  
estaba:

—Yo condené á muerte al Hijo del Hombre.  
Mi crimen fué grande... Pero vos lo habeis  
vilipendiado y arrastrado en el fango, oh Filoteo;  
y vuestro crimen sobrepasa al mio, porque veo  
en vuestro frente la señal luminosa del bautismo,  
y el Dios á quien habeis profanado tuvo po-  
co antes por templo vuestro corazón...

Piloteo murmuró Filoteo aterrado, y cayó  
sin sentido.

Al día siguiente Simio y Filoteo despertaron  
sobre el musgo á la orilla del lago.

—Qué sueño tan horrible! dijo Filoteo.

—Es esto acaso un sueño? murmuró Simio,  
pálido como un cadáver.

En seguida se dirigieron á la fonda, cuyas  
puertas estaban todavia cerradas. El mozo que  
saló á abrir las abrió con dificultad su alegría al  
verlos tan pálidos, tránsidos de frio y piutado  
en su rostro el espanto.

Simio ordenó que se le pasase al punto la  
caenta, y subió á su habitación á preparar las  
maleas.

Filoteo ofreció un franco sirviente, diciéndole:  
—Viento terrible ha hecho esta noche, ¿no es  
verdad, mi amigo?

—Ciertamente, señor.

—¡Ha llovido, ha tronado.

—Un diluvio, señor.

Filoteo lanzó sobre él una mirada obliqua pa-  
ra ver si se burlaba.

—Señor, habeis visto, pues, la tempestad?  
preguntó el suizo, que parecia curioso y aun  
inquieto. Creia que ambos hubierán ido á  
dormir en la casita de la montaña. Ahí es que  
todos los años, el Viernes Santo, la tempestad  
azota el lago, el valle y la montaña, por hermoso  
que haya sido el tiempo la víspera y aun por la  
mañana... Y por la noche aparece Poncio Pilato  
en su traje de Juez andando sobre las olas  
del lago y diciendo: *Compulsus fecit* ¡Hay quien  
lo haya oido.

—¿Vos tambien? preguntó Filoteo.

—Yo? ¡jamás.

Filoteo no añadió á su libro el apéndice que  
se proponia escribir; y cuando habla á Simio de  
esta aventura, éste responde:

—Habiámos bebido tanto Champaña!....

Charles Buet.

—Ahí sí, por de contado, puesto que creo  
en... en el otro.

—Pero si lo habeis infamado tambien... no  
á Pilato al orol.

—Es que hay tantos imbeciles, mi querido,  
tantos tontos y tantos perversos que gozan  
haciendo creer que no creen, y que tienen por  
mas cómodo, juicioso y recreativo leer la «Vida  
de Jesús» por M. Ernesto Renan, que los Evan-  
gelios. He convenido á gran número de mis  
conciudadanos; solo yo no he podido convencerme  
á mi mismo, y siento algunas veces un es-  
treñimiento de tenor... concluyó el estimable  
Filoteo, ahogando un profundo suspiro.

En tanto que hablaban de esta manera, la  
noche habia sucedido al crepusculo, y vesperino  
y hacia largo rato que las lazvas vacías habian  
sido reemplazadas por las copas de Champagne.

Los dos amigos descendieron á la playa y pa-  
seaban juntos siguiendo el mismo tema de su  
conversacion.

Acostumbrados á engañar á los demás, tra-  
ban de engañarse á si mismos. Simio declaraba  
que no hay nada superior á la materia, que el  
hombre no es sino un mono perfeccionado, y la  
mujer un mono degenerado; que la teoría de los  
átomos no es ya tan absurda, y que él no adora-  
ba sino al eterno Todo, sin admitir que se  
dignasen tratar de Dios, cuya simple notion es  
un estorbo para las facultades animales.

Filoteo, al contrario, creia como mejor partido  
reconocer la existencia de Dios, pero que era  
conveniente negar su omnipotencia, atendiendo  
á que los milagros citados en la historia no son  
si no supercherías é ilusiones.

Razonando así meditaba ya algunas páginas  
para la próxima edicion de su novela.

La noche estaba tranquila y serena. El cielo,  
de un color azul profundo, estaba salpicado de  
luzes centelantes; los árboles de la ribera se  
balanceaban al soplo de una brisa ligera; el lago,  
inmensa superficie, tersa como lámina de  
acero, reflejaba la placida luz de las estrellas.  
Allá, lejos, los Alpes revestidos de su manto de  
arriño, levantaban colosales sus fantásticos  
contornos y sus cimas recortadas. Era, en fin,  
una de esas hermosas noches de primavera,  
frescas, puras y apacibles, en que se aspira con  
placer el suave aroma que deja á su paso la brisa  
juguetona.

Mas de repente cubresc el firmamento de nu-  
bes rojizas; un disco de púrpura rodea la luna,  
que aparece al través de los vapores como un  
circulo de hierro enrojado al fuego. El lago  
se levanta en olas mugidoras; los árboles tra-  
quean agitados por las ráfagas de un viento im-  
petuoso; el rayo brilla al través del espacio y  
el trueno retumba en el silencio de la soledad:  
acaba de desencadenarse una horrible tormen-  
ta.

Tan rara trasformacion se verificó en menos  
de un minuto.

Lago, riberas, montañas, aldeas, todo desapa-  
reció en medio de las espesas nieblas; era el  
caos en todo su horror.

Simio y Filoteo, helados de espanto, cayeron  
de rodillas mudos y temblorosos.

A la luz de un relámpago vieron aparecer á  
poca distancia y de pie sobre la superficie de las  
olas del lago una figura extraña, un ser humano  
envuelto en un manto blanco, cuyos entrelabros  
pliegues dejaban ver una túnica oscura, y que  
extendia la mano hacia Filoteo, en tanto que  
una burla mordaz contraia sus facciones  
fuertemente acentuadas.

Por tres veces apareció así, y al desaparecer  
la postrera, gritó con voz fuerte y vibrante, que  
parecia salir de mayor distancia de la que ella  
estaba:

—Yo condené á muerte al Hijo del Hombre.  
Mi crimen fué grande... Pero vos lo habeis  
vilipendiado y arrastrado en el fango, oh Filoteo;  
y vuestro crimen sobrepasa al mio, porque veo  
en vuestro frente la señal luminosa del bautismo,  
y el Dios á quien habeis profanado tuvo po-  
co antes por templo vuestro corazón...

Piloteo murmuró Filoteo aterrado, y cayó  
sin sentido.

Al día siguiente Simio y Filoteo despertaron  
sobre el musgo á la orilla del lago.

—Qué sueño tan horrible! dijo Filoteo.

—Es esto acaso un sueño? murmuró Simio,  
pálido como un cadáver.

En seguida se dirigieron á la fonda, cuyas  
puertas estaban todavia cerradas. El mozo que  
saló á abrir las abrió con dificultad su alegría al  
verlos tan pálidos, tránsidos de frio y piutado  
en su rostro el espanto.

Simio ordenó que se le pasase al punto la  
caenta, y subió á su habitación á preparar las  
maleas.

Filoteo ofreció un franco sirviente, diciéndole:  
—Viento terrible ha hecho esta noche, ¿no es  
verdad, mi amigo?

—Ciertamente, señor.

—¡Ha llovido, ha tronado.

—Un diluvio, señor.

Filoteo lanzó sobre él una mirada obliqua pa-  
ra ver si se burlaba.

—Señor, habeis visto, pues, la tempestad?  
preguntó el suizo, que parecia curioso y aun  
inquieto. Creia que ambos hubierán ido á  
dormir en la casita de la montaña. Ahí es que  
todos los años, el Viernes Santo, la tempestad  
azota el lago, el valle y la montaña, por hermoso  
que haya sido el tiempo la víspera y aun por la  
mañana... Y por la noche aparece Poncio Pilato  
en su traje de Juez andando sobre las olas  
del lago y diciendo: *Compulsus fecit* ¡Hay quien  
lo haya oido.

—¿Vos tambien? preguntó Filoteo.

—Yo? ¡jamás.

Filoteo no añadió á su libro el apéndice que  
se proponia escribir; y cuando habla á Simio de  
esta aventura, éste responde:

—Habiámos bebido tanto Champaña!....

Charles Buet.

—Ahí sí, por de contado, puesto que creo  
en... en el otro.

—Pero si lo habeis infamado tambien... no  
á Pilato al orol.

—Es que hay tantos imbeciles, mi querido,  
tantos tontos y tantos perversos que gozan  
haciendo creer que no creen, y que tienen por  
mas cómodo, juicioso y recreativo leer la «Vida  
de Jesús» por M. Ernesto Renan, que los Evan-  
gelios. He convenido á gran número de mis  
conciudadanos; solo yo no he podido convencerme  
á mi mismo, y siento algunas veces un es-  
treñimiento de tenor... concluyó el estimable  
Filoteo, ahogando un profundo suspiro.

En tanto que hablaban de esta manera, la  
noche habia sucedido al crepusculo, y vesperino  
y hacia largo rato que las lazvas vacías habian  
sido reemplazadas por las copas de Champagne.

Los dos amigos descendieron á la playa y pa-  
seaban juntos siguiendo el mismo tema de su  
conversacion.

Acostumbrados á engañar á los demás, tra-  
ban de engañarse á si mismos. Simio declaraba  
que no hay nada superior á la materia, que el  
hombre no es sino un mono perfeccionado, y la  
mujer un mono degenerado; que la teoría de los  
átomos no es ya tan absurda, y que él no adora-  
ba sino al eterno Todo, sin admitir que se  
dignasen tratar de Dios, cuya simple notion es  
un estorbo para las facultades animales.

Filoteo, al contrario, creia como mejor partido  
reconocer la existencia de Dios, pero que era  
conveniente negar su omnipotencia, atendiendo  
á que los milagros citados en la historia no son  
si no supercherías é ilusiones.

Razonando así meditaba ya algunas páginas  
para la próxima edicion de su novela.

La noche estaba tranquila y serena. El cielo,  
de un color azul profundo, estaba salpicado de  
luzes centelantes; los árboles de la ribera se  
balanceaban al soplo de una brisa ligera; el lago,  
inmensa superficie, tersa como lámina de  
acero, reflejaba la placida luz de las estrellas.  
Allá, lejos, los Alpes revestidos de su manto de  
arriño, levantaban colosales sus fantásticos  
contornos y sus cimas recortadas. Era, en fin,  
una de esas hermosas noches de primavera,  
frescas, puras y apacibles, en que se aspira con  
placer el suave aroma que deja á su paso la brisa  
juguetona.

Mas de repente cubresc el firmamento de nu-  
bes rojizas; un disco de púrpura rodea la luna,  
que aparece al través de los vapores como un  
circulo de hierro enrojado al fuego. El lago  
se levanta en olas mugidoras; los árboles tra-  
quean agitados por las ráfagas de un viento im-  
petuoso; el rayo brilla al través del espacio y  
el trueno retumba en el silencio de la soledad:  
acaba de desencadenarse una horrible tormen-  
ta.

Tan rara trasformacion se verificó en menos  
de un minuto.

Lago, riberas, montañas, aldeas, todo desapa-  
reció en medio de las espesas nieblas; era el  
caos en todo su horror.

Simio y Filoteo, helados de espanto, cayeron  
de rodillas mudos y temblorosos.

A la luz de un relámpago vieron aparecer á  
poca distancia y de pie sobre la superficie de las  
olas del lago una figura extraña, un ser humano  
envuelto en un manto blanco, cuyos entrelabros  
pliegues dejaban ver una túnica oscura, y que  
extendia la mano hacia Filoteo, en tanto que  
una burla mordaz contraia sus facciones  
fuertemente acentuadas.

Por tres veces apareció así, y al desaparecer  
la postrera, gritó con voz fuerte y vibrante, que  
parecia salir de mayor distancia de la que ella  
estaba:

—Yo condené á muerte al Hijo del Hombre.  
Mi crimen fué grande... Pero vos lo habeis  
vilipendiado y arrastrado en el fango, oh Filoteo;  
y vuestro crimen sobrepasa al mio, porque veo  
en vuestro frente la señal luminosa del bautismo,  
y el Dios á quien habeis profanado tuvo po-  
co antes por templo vuestro corazón...

Piloteo murmuró Filoteo aterrado, y cayó  
sin sentido.

Al día siguiente Simio y Filoteo despertaron  
sobre el musgo á la orilla del lago.

—Qué sueño tan horrible! dijo Filoteo.

—Es esto acaso un sueño? murmuró Simio,  
pálido como un cadáver.

En seguida se dirigieron á la fonda, cuyas  
puertas estaban todavia cerradas. El mozo que  
saló á abrir las abrió con dificultad su alegría al  
verlos tan pálidos, tránsidos de frio y piutado  
en su rostro el espanto.

Simio ordenó que se le pasase al punto la  
caenta, y subió á su habitación á preparar las  
maleas.

Filoteo ofreció un franco sirviente, diciéndole:  
—Viento terrible ha hecho esta noche, ¿no es  
verdad, mi amigo?

—Ciertamente, señor.

—¡Ha llovido, ha tronado.

—Un diluvio, señor.

Filoteo lanzó sobre él una mirada obliqua pa-  
ra ver si se burlaba.

—Señor, habeis visto, pues, la tempestad?  
preguntó el suizo, que parecia curioso y aun  
inquieto. Creia que ambos hubierán ido á  
dormir en la casita de la montaña. Ahí es que  
todos los años, el Viernes Santo, la tempestad  
azota el lago, el valle y la montaña, por hermoso  
que haya sido el tiempo la víspera y aun por la  
mañana... Y por la noche aparece Poncio Pilato  
en su traje de Juez andando sobre las olas  
del lago y diciendo: *Compulsus fecit* ¡Hay quien  
lo haya oido.

—¿Vos tambien? preguntó Filoteo.

—Yo? ¡jamás.

Filoteo no añadió á su libro el apéndice que  
se proponia escribir; y cuando habla á Simio de  
esta aventura, éste responde:

—Habiámos bebido tanto Champaña!....

Charles Buet.

—Ahí sí, por de contado, puesto que creo  
en... en el otro.

—Pero si lo habeis infamado tambien... no  
á Pilato al orol.

—Es que hay tantos imbeciles, mi querido,  
tantos tontos y tantos perversos que gozan  
haciendo creer que no creen, y que tienen por  
mas cómodo, juicioso y recreativo leer la «Vida  
de Jesús» por M. Ernesto Renan, que los Evan-  
gelios. He convenido á gran número de mis  
conciudadanos; solo yo no he podido convencerme  
á mi mismo, y siento algunas veces un es-  
treñimiento de tenor... concluyó el estimable  
Filoteo, ahogando un profundo suspiro.

En tanto que hablaban de esta manera, la  
noche habia sucedido al crepusculo, y vesperino  
y hacia largo rato que las lazvas vacías habian  
sido reemplazadas por las copas de Champagne.

Los dos amigos descendieron á la playa y pa-  
seaban juntos siguiendo el mismo tema de su  
conversacion.

Acostumbrados á engañar á los demás, tra-  
ban de engañarse á si mismos. Simio declaraba  
que no hay nada superior á la materia, que el  
hombre no es sino un mono perfeccionado, y la  
mujer un mono degenerado; que la teoría de los  
átomos no es ya tan absurda, y que él no adora-  
ba sino al eterno Todo, sin admitir que se  
dignasen tratar de Dios, cuya simple notion es  
un estorbo para las facultades animales.

Filoteo, al contrario, creia como mejor partido  
reconocer la existencia de Dios, pero que era  
conveniente negar su omnipotencia, atendiendo  
á que los milagros citados en la historia no son  
si no supercherías é ilusiones.

Razonando así meditaba ya algunas páginas  
para la próxima edicion de su novela.

La noche estaba tranquila y serena. El cielo,  
de un color azul profundo, estaba salpicado de  
luzes centelantes; los árboles de la ribera se  
balanceaban al soplo de una brisa ligera; el lago,  
inmensa superficie, tersa como lámina de  
acero, reflejaba la placida luz de las estrellas.  
Allá, lejos, los Alpes revestidos de su manto de  
arriño, levantaban colosales sus fantásticos  
contornos y sus cimas recortadas. Era, en fin,  
una de esas hermosas noches de primavera,  
frescas, puras y apacibles, en que se aspira con  
placer el suave aroma que deja á su paso la brisa  
juguetona.

Mas de repente cubresc el firmamento de nu-  
bes rojizas; un disco de púrpura rodea la luna,  
que aparece al través de los vapores como un  
circulo de hierro enrojado al fuego. El lago  
se levanta en olas mugidoras; los árboles tra-  
quean agitados por las ráfagas de un viento im-  
petuoso; el rayo brilla al través del espacio y  
el trueno retumba en el silencio de la soledad:  
acaba de desencadenarse una horrible tormen-  
ta.

Tan rara trasformacion se verificó en menos  
de un minuto.

Lago, riberas, montañas, aldeas, todo desapa-  
reció en medio de las espesas nieblas; era el  
caos en todo su horror.

Simio y Filoteo, helados de espanto, cayeron  
de rodillas mudos y temblorosos.

A la luz de un relámpago vieron aparecer á  
poca distancia y de pie sobre la superficie de las  
olas del lago una figura extraña, un ser humano  
envuelto en un manto blanco, cuyos entrelabros  
pliegues dejaban ver una túnica oscura, y que  
extendia la mano hacia Filoteo, en tanto que  
una burla mordaz contraia sus facciones  
fuertemente acentuadas.

Por tres veces apareció así, y al desaparecer  
la postrera, gritó con voz fuerte y vibrante, que  
parecia salir de mayor distancia de la que ella  
estaba:

—Yo condené á muerte al Hijo del Hombre.  
Mi crimen fué grande... Pero vos lo habeis  
vilipendiado y arrastrado en el fango, oh Filoteo;  
y vuestro crimen sobrepasa al mio, porque veo  
en vuestro frente la señal luminosa del bautismo,  
y el Dios á quien habeis profanado tuvo po-  
co antes por templo vuestro corazón...

Piloteo murmuró Filoteo aterrado, y cayó  
sin sentido.

Al día siguiente Simio y Filoteo despertaron  
sobre el musgo á la orilla del lago.

—Qué sueño tan horrible! dijo Filoteo.

—Es esto acaso un sueño? murmuró Simio,  
pálido como un cadáver.

En seguida se dirigieron á la fonda, cuyas  
puertas estaban todavia cerradas. El mozo que  
saló á abrir las abrió con dificultad su alegría al  
verlos tan pálidos, tránsidos de frio y piutado  
en su rostro el espanto.

Simio ordenó que se le pasase al punto la  
caenta, y subió á su habitación á preparar las  
maleas.

Filoteo ofreció un franco sirviente, diciéndole:  
—Viento terrible ha hecho esta noche, ¿no es  
verdad, mi amigo?

—Ciertamente, señor.

—¡Ha llovido, ha tronado.

—Un diluvio, señor.

Filoteo lanzó sobre él una mirada obliqua pa-  
ra ver si se burlaba.

—Señor, habeis visto, pues, la tempestad?  
preguntó el suizo, que parecia curioso y aun  
inquieto. Creia que ambos hubierán ido á  
dormir en la casita de la montaña. Ahí es que  
todos los años, el Viernes Santo, la tempestad  
azota el lago, el valle y la montaña, por hermoso  
que haya sido el tiempo la víspera y aun por la  
mañana... Y por la noche aparece Poncio Pilato  
en su traje de Juez andando sobre las olas  
del lago y diciendo: *Compulsus fecit* ¡Hay quien  
lo haya oido.

—¿Vos tambien? preguntó Filoteo.

—Yo? ¡jamás.

Filoteo no añadió á su libro el apéndice que  
se proponia escribir; y cuando habla á Simio de  
esta aventura, éste responde:

—Habiámos bebido tanto Champaña!....

Charles Buet.

—Ahí sí, por de contado, puesto que creo  
en... en el otro.

—Pero si lo habeis infamado tambien... no  
á Pilato al orol.

—Es que hay tantos imbeciles, mi querido,  
tantos tontos y tantos perversos que gozan  
haciendo creer que no creen, y que tienen por